

Puerto Rico Evangélico

“Las islas esperarán su ley.” Isaías 42:4.

AÑO 7.

PONCE, PUERTO RICO, MARZO 10 DE 1916.

NUM. 17

SECCION EDITORIAL

Como Progresan los Pueblos.

La Libertad de Cultos en el Perú.

“La nación profesa la religión católica, apostólica y romana, el Estado la protege y no permite el ejercicio público de otra alguna.”
Art. 4º de la Constitución peruana antes de ser reformado.

DESDE que la progresista y libre Alemania rompió en el siglo XVI las odiosas cadenas de la esclavitud que le unían a Roma y desde que el inmortal Lutero desafió a todos los poderes eclesiásticos de esa época poniéndose al frente del hermoso movimiento de la Reforma, hasta nuestros días, la iglesia de los papas no ha cesado de perder continuamente su tiránica influencia sobre los pueblos.

Una tras otra las naciones europeas han ido sacudiendo su pesado yugo, proclamando primero la libertad de la conciencia humana y desligando luego al estado de la iglesia, emancipación sublime que ha hecho de pueblos miserables y esclavas naciones grandes, ricas y sabias.

La América Latina, que por ser invadida por un país en que no había más autoridad que la del papa ni más ley que el capricho impío de los frailes, fué víctima de la intolerancia clerical, ya ha comenzado a darse cuenta de lo desastroso de la política de Roma y quiere ponerse a la altura de la época.

El paso de adelante que acaba de dar el Perú, donde ayer *no se permitía el ejercicio de ninguna otra religión que no fuera la católica, apostólica y romana*, estableciendo la libertad de cultos, es un dato hermoso que contribuirá a embellecer las páginas de la historia americana.

Con sumo gusto ponemos a disposición de nuestros lectores parte de un artículo de *El*

Heraldo, que se publica en Lima, y que trata el asunto con algunos detalles. Dice el citado periódico:

«Siguiendo esta política de persecución, el obispo Ampuero, en Marzo de 1913, maltrató vilmente a un grupo de indígenas evangélicos que había por las orillas del lago Titicaca, y con tan mala suerte, que el asunto llegó a llamar la atención del Congreso y de los periódicos de la capital. En la sesión del Senado de 25 de Agosto del mismo año de 1913, el Sr. Severiano Bezada, senador por Puno, presentó un proyecto de ley que decía: «Teniendo en consideración: Que las leyes deben conformarse al espíritu que corresponde a la época en la cual han de regir, propone que se reforme el artículo 4º de la Constitución del Estado, suprimiendo la parte terminal de dicho artículo que dice: «y no permite el ejercicio público de otra alguna;» de manera que el referido artículo quedará así:—«Art. 4º La nación profesa la religión católica, apostólica y romana, y el Estado la protege.» Este es el proyecto que acaba de ratificarse finalmente. Puesto al voto en la sesión del Senado de 8 de Septiembre de 1913, fué aprobado por todos los votos menos tres (uno de éstos de sacerdote.) El día después de presentado al proyecto, el redactor del *El Herald* invitó a los otros pastores evangélicos a acompañarle en una visita al autor del proyecto y al presidente de la Comisión a que fué enviado. Luego se formó un Comité evangélico y obrero para apoyar el proyecto en el país. El presidente y secretario de este Comité, pastores Juan Ritchie y Ruperto Algorta, no han descansado hasta ver finalmente coronados sus esfuerzos. El clero no se había

Moisés. Los mandamientos de Cristo no son gravosos porque corresponden a los instintos de la nueva naturaleza del creyente. Una vida santa y una vida cristiana no es la simple conformidad con ciertas reglas externas sino es el fruto natural de nuestra unión con Cristo. El verdadero carácter cristiano es como la hermosura de los lirios que ni trabajan ni hilan. No es el fruto de la represión, sino que es la expresión de la vida de Cristo en el individuo.



Una Misionera Ciega, Coja y Leprosa.

Por Abelardo M. Díaz.

UNA misionera muy extraña y aparentemente muy inútil. No es posible concebir un ser más deficiente para realizar la difícil y bendita obra de la evangelización.

Nunca jamás he leído una historia más patética y gloriosa que la de la célebre misionera mutilada que se llama Un Ho.

Un Ho es una niña nacida y criada en el gran Imperio Celeste: China.

Siendo ciega y teniendo una voz muy dulce, una señora de aquel país se hizo cargo de ella, no para protegerla, sino desgraciadamente para explotarla. De su cruel infortunio hizo un medio de ganar dinero. La llevaba de casa en casa, para que la infeliz cieguita con su canto de alondra entristecida conmoviera el corazón de la gente, y ésta diese algo a su despiadada ama.

Un Ho sufría en silencio y cantaba sin cesar; pero llegó un día de prueba para ella. La enfermedad iba minando su endeble organismo, y ya no podía salir mucho a la calle. La señora, que no pensaba más que en su propia ganancia, no quiso alimentarla y vestirla hallándose enferma. Un día sorda a los gritos de la conciencia, inflexible a las protestas de la humana conmiseración, la tomó por la mano, y la echó a la calle.

Mas Dios, que vela por las avecillas del cielo, velaba también por la infeliz niña arrojada al mundo por la fuerza del egoísmo, por la crueldad de los hombres. Inmediatamente fue llevada al Hospital Médico Misionero.

Para salvarle la vida fué preciso amputarle una pierna. Durante su larga convalecencia

en el hospital, aparecieron en su cuerpecito los primeros síntomas de la lepra. ¡No bien se libraba de una desgracia, le sobreveníá otra!

Llegó por fin, el día de darle de alta. Con inmensa pena la vieron salir ciega, coja y leprosa. Al parecer salía peor que cuando entró. Mas ella no pensaba así. Había recibido más de lo que había perdido, porque ahora llevaba en su corazón un tesoro que nunca antes había conocido: el Evangelio que limpiaba a los leprosos, hacía ver a los ciegos y andar a los cojos.

Había entrado allí enferma del cuerpo, y ahora salía sana del alma. Había entrado huérfana, y salía contando con un padre: Dios, y un hermano: Jesucristo.

Era cierto que en sus ojos llevaba la noche, pero era innegable que en su conciencia resplandecía el sol de la verdad y del amor. Era evidente que su cuerpo estaba inmundo por la acción de la lepra, pero en cambio tenía el alma limpia por la obra de la gracia divina.

Un Ho volvió a cantar dulcemente, no con la trizteza de cisne que muere, sino delruiseñor que se cura, alborozado, la vuelta de la primavera. Antes su canto era triste porque era el canto de la desgracia y de la esclavitud; ahora es alegre, porque es el canto de la dicha y de la libertad. A pesar de su pobreza, sentíase más rica que la emperatriz de su patria.

Las autoridades del Cantón obligáronla a residir en la aldea de los leprosos, la cual se halla a dos millas de aquella gran ciudad.

En esta aldea Un Ho se halló con unos 700 ú 800 leprosos más, que vivían en la mayor miseria, sin luz en las chozas y sin esperanza en los corazones. Obscuridad en el hogar; tinieblas en la conciencia.

Para ellos no había más patria que la reducida circunferencia de su abandonada aldehuela. Rechazados de los hombres, creíanse olvidados de Dios.

La cieguita traía una venda sobre sus ojos, pero un divino resplandor en su rostro.

Cantó himnos que revelaban la paz de su alma, su confianza en Dios, su amor a los hombres, su esperanza en un mundo mejor. Su voz era un raudal de consuelo para los

tristes, un foco de luz para los ignorantes, una fuerza prodigiosa que levantaba a los caídos y una suave cadena de amor que unía los corazones.

Los leprosos no comprendían como una persona *al parecer* tan desgraciada, era en realidad tan feliz. Ella les reveló el secreto de su poder en medio de las flaquezas, de su gozo en medio de las aflicciones, de su luz en medio de la obscuridad, de la salud del alma a pesar de la enfermedad del cuerpo; de su riqueza espiritual no obstante su miseria económica.

Y por la influencia de Un Ho los ciegos del alma vieron la luz de este mundo, los cojos del bien aprendieron a apartarse de la senda del mal, y los leprosos del espíritu recibieron la limpieza de sus corazones.

Dios la bendijo en sus trabajos de evangelista, pues poco tiempo después los misioneros tuvieron el inefable privilegio de examinar y bautizar 30 leprosos convertidos e instruídos por Un Ho, quien había iniciado sola la obra entre los suyos y hecho organizar la primera iglesia entre los leprosos de Cantón.

Recibió muchísimas y muy entusiásticas felicitaciones. Sus esfuerzos habían obtenido la aprobación y protección de la Misión para los Leprosos. Sin embargo, no se durmió sobre sus laureles; no creyó que había llegado el momento de descansar. Y continuó trabajando con el ánimo y la constancia de antes, y el éxito coronó su obra.

Siendo muy reducida la casita de predicación para acomodar a todos los leprosos que deseaban asistir, Un Ho concibió el plausible proyecto de edificar una capilla grande. En seguida animó a sus feligreses a que compraran el solar. Después de varias colectas, lograron reunir \$30. ¡Esta elocuente prueba de liberalidad es la reproducción, a fines del siglo 19, de las dos blancas de la viuda en tiempo de Cristo! Y el solar fué comprado con los \$30 y la ayuda pecunaria de otros cristianos chinos.

La Misión para los Leprosos, al ver tan generoso empeño y tan sentida necesidad, les construyó una capilla amplia y bien ventilada, donde los leprosos pudieran adorar cómodamente a Dios en espíritu y en verdad.

La inauguración de la capilla fué un acontecimiento inolvidable en la aldea de los le-

prosos. Los miembros de la iglesia (unos cien) y los amigos del Evangelio la adornaron muy pintorescamente, y ellos mismos se pusieron sus mejores trajes. Se llenó de bote en bote: había dentro unas 300 personas. Los leprosos cantaron muy alegremente, y elevaron plegarias muy fervorosas. Los misioneros predicaron sermones muy consoladores. Aquel día fué un día venturoso en la aldea de los rechazados del seno de la sociedad, pero no del amor de Dios. Hubo un entusiasmo indescriptible en la tierra, y un gozo muy grande en el cielo.

Como al principio no había ministro que pudiera trabajar en la aldea de los leprosos, la animosa Un Ho lo hacía todo: era el maestro bíblico, el superintendente de la escuela dominical, el tesorero de la iglesia y el pastor al mismo tiempo. Vivía consagrada a administrar a las necesidades espirituales de la comunidad. Por eso cantaba, enseñaba, oraba y predicaba.

La linda y persuasiva voz de Un Ho comenzó a resentirse. Probablemente el exceso de trabajo oral la debilitaba notablemente. La congregación apenas podía percibir sus palabras, y una gran parte de sus sermones y enseñanzas se perdían. ¿Qué hacer entonces? ¿Dejar de hablar? ¿Esperar que la misión les mandara un predicador? Un Ho pensó en su amado rebaño que necesitaba ser pastoreado. Ella por designios de la providencia, era su único pastor, y el buen pastor su vida da por las ovejas. Buscando la solución del pavoroso problema, se le ocurrió la feliz idea de conseguir un hermano que tuviera la voz clara y fuerte. Lo llevó al púlpito, para decirle al oído lo que ella quería que él dijese a todos. Un Ho le hablaba en voz queda, y él repetía con voz sonora los sermones y las lecciones de la misionera ciega, coja y leprosa.

He ahí una ciega por cuyo conducto Dios ha dado vista a muchos ciegos; una coja por cuya influencia Dios ha querido hacer andar a muchos cojos; una leprosa por cuya consagración el Espíritu Santo ha limpiado muchos leprosos.

Su tierna voz se extingue, y con ella su vida: mas su obra de servicio, de sacrificio, de amor es una sublime y grandiosa pirámide de fe que tiene su base en la tierra y su vértice en el cielo.

Jamás en cuerpo tan despreciable se ha encerrado un alma tan admirable.

Nunca un perfume tan exquisito se ha hallado en un pétalo tan marchito.

Un Ho figurará en la historia de las misiones como una de las grandes heroínas de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Un Ho será siempre una prueba patente de lo que Dios puede hacer con instrumentos imperfectísimos, pero dóciles al impulso de su voluntad.

Glorifiquemos el nombre de Un Ho, contemos su historia e imitemos su consagración.

Ebrió.

Por Rafael E. Cruz.

No se como empezar esta breve narración sin que por mi mente pase una idea triste, sin que mi corazón se sienta compungido de todos sus pecados y tome por base los grandes designios del Creador.

Lentamente Febo había cesado de alumbrar al mundo; la noche tendía su tenebroso manto a la par que la luna, llenando su bendita misión, se aparecía por el Oriente ofreciendo al pobre peregrino sus vívidos resplandores.

Los alegres pajaritos atronaban el espacio con un canto melodioso, como si quisieran dar una despedida al almo sol. La tierra, entre tanto, yacía en un silencio sepulcral, como pretendiendo elevar una ferviente plegaria a Dios por los beneficios que acababa de recibir.

En esta hora, cuando la noche presentaba uno de esos bellos paisajes, internábase en un espeso bosque, un joven alto, de rostro demacrado, que caminaba a paso lento.

De pronto llegó a su hogar. Su esposa junto a sus queridos hijos, le esperaba ansiosa. Apenas había llegado cuando éstos, según su costumbre, le pedían la bendición; mientras su cariñosa esposa le estrechaba en sus hermosos brazos.

Era el día sábado. Acababa de llegar de sus constantes tareas y desde luego sus hijos esperaban su llegada como los tiernos pajaritos a la madre ave al declinar el día. Cada uno después de saludarle le comunicaba sus deseos. Le decían en otras palabras todo lo que querían que él les trajera de la tienda.

Después que hubo comido y acabado de vestirse, emprendió su camino hacia la aldea

cercana donde había de comprar todo lo necesario para su hogar durante la próxima semana.

Caminaba diligentemente, su paso cada vez más cerca de la aldea deseada, donde había de cumplir su encargo. Apenas estaba una milla retirado de la aldea, cuando el reloj tocaba las ocho.

¡Qué hora Dios mío! Aproximábase al precipicio. Su alma, ennegrecida por la inborrable mancha del pecado, parecía formar planes; su corazón, agitado por la desesperación, latía rápidamente como anunciando un trágico desenlace. No obstante, en medio de aquellas terribles luchas, su paso le condujo a una taberna cercana. No había puesto bien el pie en la escalera, cuando se presenta ante su vista un tropel de gente. Nuestro hombre quedó aturdido. Eran los amigos del pasado, que bajo el nefando manto de la hipocresía le prestaban su amistad, y que pretendían arrancarle su dinero.

No bien el hombre había saludado aquel tropel, cuando éstos emprendieron su tarea. Y, ¡oh lector! ¿qué es de nuestro hombre? Aquel que había trabajado constantemente bajo los candentes rayos del sol, que había arrostrado quizás el sufrimiento en sus consecuentes labores, ahora le vemos apurando la copa con sus amigos y lejos de acordarse de las incesantes súplicas de sus hijos y de los cariñosos abrazos de su esposa, se entrega incondicionalmente en los brazos de Baco.

Había gastado todo su dinero y empezaba a ver el logro de su empleo. Tan pronto desapareció el último centavo sus amigos volaban, por decirlo así, de su presencia. Habían acabado con el jornal de aquel pobre e infeliz hombre y el sustento de aquella triste prole que le esperaba nuevamente.

Se encontraba solo. Ahora cuando más necesitaba a sus amigos—para que le condujeran a su hogar, ya que había derrochado el sustento de sus hijos—no encuentra a nadie; todos han desaparecido. En medio de sus luses levanta y cae al suelo sin hálito, sin vida. Vuelve a hacer una prueba y no se puede tener en pie; mas al fin recobra fuerzas, se levanta y sale de la taberna.

La luna seguía en el cumplimiento de su deber. El reloj daba las doce. El pobre hombre caminaba triste y se tambaleaba,